

Feminismos del segundo sexo

Cada uno de los objetos que manejo me remite a todos los objetos que constituyen el mundo y mi existencia a la de todos los hombres; pero esto no basta para que el universo sea mío. Lo que es mío, lo que he creado, es el cumplimiento de mi propio proyecto
(Simone de Beauvoir, *Phirrus et cineas*)

Alejandra Castillo

Todo cuerpo es la superposición de un número infinito de planos, dijo alguna vez Jorge Luís Borges. La palabra “cuerpo” designa una substancia infinitamente superpuesta en la exposición de su materia. Ella nombra, no sin cierta indiferencia, una superficie que se representa sólo en la multiplicidad de sus extensiones. Y, sin embargo, y a pesar del exceso, la palabra “cuerpo” se esfuerza en señalar un *cuerpo*. Siempre, incluso ahí, en la inminencia de la partida, lo que incansablemente se busca aprehender es un cuerpo. Así, por la lógica de su definición, todo cuerpo entraña una aporética, un pensamiento de lo determinado y lo indeterminado. Pensamiento que anuncia menos el trabajo de una contradicción que la hesitación de un decir. Pues, si aporía mienta literalmente una ausencia de camino, una dificultad insoluble, también enseña un límite entre lo que es y lo que podría ser. Aporía o fin de camino que aquí no viene sino a reconocerse en las metáforas de un *yo* engarzado a la familiaridad de un cuerpo; o que, por el contrario, parece coincidir con aquellas imágenes que se complacen con describir su materialidad como lo ajeno, como el signo de un accidente, de una *ex-citación*. El cuerpo, entonces, como lo extraño. Lugar de residencia de lo más íntimo, de aquello que se oculta a la vista, y, al mismo tiempo, superficie en que reposan las miradas, espacio en que nos sentimos expuestas.

Modos de decir el cuerpo en tanto metáforas del límite, de lo que obstaculiza, de lo que debe ser sobrellevado, sobrepasado. Metáforas del cuerpo que no son sino otros nombres para nombrar el *corpus* del feminismo. La palabra “cuerpo” deviene así criptónimo de feminismo. Nombre oculto que en la parvedad del sintagma “*on ne naît pas femme: on le devient*”¹, ha comenzado a exponer su explosiva significación. La mujer no nace, se hace un cuerpo, se crea un cuerpo. “La presencia en el mundo —escribe Simone de Beauvoir— implica rigurosamente la posición de un cuerpo que sea, a la vez, una cosa en el mundo y un punto de vista sobre ese mundo, aunque esto no exige que ese cuerpo posea tal o cual estructura particular”². De este modo, el cuerpo y su relación con el mundo no está decidida de antemano. Esta, y no otra, es la conclusión que la aporética de *El segundo sexo* reclama como propia. Conclusión que nos advierte sobre un cuerpo que resiste ser un cuerpo. Un cuerpo siempre abierto, ilimitado, extraño a la trascendencia de la infinidad de sus planos. Y, sin embargo, un cuerpo que continuamente se oblitera en su propia proyección.

1 Simone de Beauvoir, “Enfance”, *Le deuxième sexe II. L’expérience vécue*, Paris, Gallimard, 1949, p.13.

2 Simone de Beauvoir, “Les données de la biologie”, *Le deuxième sexe I. Les faits et les mythes*, París, Gallimard, 1949, p. 40.

A la manera de un enigma, Simone de Beauvoir nos dirá que la mujer es su cuerpo³. La mujer es su cuerpo, pero este le es extraño, es una cosa “opaca que le es enajenada”⁴. La mujer es su cuerpo, pero este es distinto de ella: ¿cómo dar respuesta a este enigma de la mujer?, ¿cómo ser nuestros cuerpos? Este, sin lugar a dudas, ha sido uno de los enigmas principales que ha afectado a toda política feminista. Enigma que ha intentado ser esclarecida mediante una recuperación total del cuerpo de la mujer, en tanto pura materialidad/maternidad⁵. O, por el contrario, que ha buscado ser contestado a través de la subversión de la corporalidad, a partir de un radical sobrepasamiento de sus límites⁶. Pues, siempre, en todo caso, se podría sobrepasar el propio cuerpo, lo que no quiere decir, sin embargo, que uno quede definitivamente más allá de él. Esta, precisamente, es la aporía subversiva que afecta a toda política feminista.

El enigma del cuerpo, en otras palabras, es el enigma del feminismo. No asombra por ello que, a la manera de una insistencia, el feminismo haya puesto en la base de su reflexión la problemática del cuerpo. Notorio es, por ejemplo, que Julieta Kirkwood diera final a sus notas sobre *Los nudos del saber feminista* con la no menos enigmática sentencia “mi cuerpo es mío”⁷, locución redundante que en la reiteración de la sintaxis, y en el deseo de posesión absoluta que ella demanda, busca subvertir las estructuras patriarcales del orden autoritario. Llamemos la atención sobre el hecho de que este deseo de posesión *absoluta del cuerpo* no tiene más objetivo que problematizar el seguro y tranquilizador reparto de sexos, géneros e identidades. En este intento Kirkwood argumentará que: “Si el género tuviese cualquier base biológica-sexual, la cultura hace que ésta resulte invisible, por la infinidad de asociaciones que pueden darse entre género y sexo (...) En lo que respecta a la mujer podemos concluir que su género (ser hecha mujer, la feminidad tal como la conocemos) *no tiene origen biológico*, como no lo tiene la masculinidad”⁸.

Del mismo modo, y siguiendo las marcas dejadas en el corpus feminista por el sintagma “la mujer no nace, se hace”, tampoco ha de extrañar que Judith Butler haya podido revitalizar recientemente la discusión sobre las identidades sexuales, a partir de una reflexión que ha buscado reclamarse heredera de la aporética del cuerpo esbozada en *El Segundo sexo*⁹. Recordemos la radical sospecha que Butler expresaba en las primeras páginas de *Gender Trouble* ante la identidad de la mujer. Sospecha que la filósofa y feminista esbozaba a partir de dos simples preguntas: “la construcción de la categoría de las mujeres como sujeto coherente y estable ¿es una reglamentación y reificación, involuntaria de las relaciones entre los géneros?, ¿y no es tal reificación exactamente contraria a los objetivos feministas?”¹⁰. Butler

3 Ibid., p. 67.

4 Ibid., p. 67.

5 Iris M. Young, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

6 Judith Butler, “Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, Foucault”, Sarah Salih y Judith Butler (ed.), *The Judith Butler Reader*, Blackwell, Oxford, 2004, pp. 21-38.

7 Julieta Kirkwood, “Tiempo de mujeres”, *Los nudos de la sabiduría feminista*, Santiago, Cuarto Propio, 1986, p. 236.

8 Julieta Kirkwood, “Sexo-género”, *Feminarios*, Santiago, Documentas, 1987, p. 37.

9 Judith Butler, “Sex and Gender in Simone de Beauvoir’s *second sex*”, Elisabeth Fallaize (ed.), *Simone de Beauvoir. A Critical Reader*, Routledge, New York, 1998, pp. 29-42.

10 Judith Butler, “Subjects of Sex/Gender/Desire”, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, London, Routledge, 1999, especialmente páginas 3 y siguientes.

responderá dichas preguntas desalojando al género del sexo.

En un ejercicio de lectura literal, si se quiere, la escritora feminista francesa Monique Wittig, algún tiempo antes que Butler, leerá en la sentencia la mujer no nace, llega a serlo sólo un mandato patriarcal. Para ella la mujer es un “mito”. Retomando las palabras de Simone de Beauvoir dirá: “no hay ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que las mujeres representan en la sociedad: es la civilización como un todo la que produce esa criatura intermedia entre macho y eunuco, que se califica como femenina”¹¹. Ante esta condena del ser mujer, patriarcalmente descrita, insta a rechazar la categoría de sexo (entendida esta como una relación social vinculada férreamente a la dicotomía hombre-mujer).

Feminismos del segundo sexo, de la invención y del éxodo, adherirán al connotado sintagma “*la mujer no nace, se hace*”. Adhesión hospitalaria, es cierto, que en el trabajo incansable de leer y traducir, de glosar y comentar, descubrirán la voz pasiva del verbo, la hipérbole patriarcal que da forma a la extrañeza de su enunciación. Así, y esforzándose por traducir con fidelidad el nudo que articula estos otros feminismos del *segundo sexo*, Kirkwood anotará: “no se nace mujer, se es hecha mujer”¹².

Feminismos del segundo sexo que, sin embargo, en el límite se placen en (des)anudar las finas tramas con que los diversos discursos de lo social se has empeñado en designar “esto es una mujer”. Feminismos que en un complejo ejercicio genealógico que nos conducirá a posar detenidamente la mirada en la historia, en sus narraciones y artificios, para así conjurar y descreer de la quimera del origen y, en dicho gesto, desestabilizar los “irrisorios valores, jerarquías y conocimientos”, sobre los cuales ésta se ha erigido.

De alguna manera, estos feminismos del segundo sexo intentan desplazar las pesadas herencias normalizadoras de los nombres paternos para situarse en el propio desafío de lo naturalmente dado. Feminismos posthumanos que reivindican para sí, *paradójicamente*, las figuras de la alteridad: de lo Queer para Butler, de lo *cyborg* para Haraway y lo monstruoso para Braidotti. En la ciencia ficción feminista, recuerda Rosi Braidotti, los monstruos *cyborg* definen posibilidades políticas y límites bastantes diferentes de los propuestos por la ficción mundana del Hombre y la Mujer¹³. Un *cyborg* no busca una identidad unitaria, sino una que demande otra invención de la vida, fuera de los laberintos de dualismos en el que acostumbran perderse nuestros cuerpos. Ejercicios de re-inventión de lo humano que para Kirkwood implicarán salir de los binarismos con los que la tradición política moderna nos ha acostumbrado a pensar las identidades. Salida que buscará en la multiplicidad, en la simultaneidad del “ser de a dos, de a tres o de quinientos”, “humanizar la humanidad”¹⁴. Humanidad feminista que debe tener otras formas, otros gestos, pero, que, sin embargo, debe tener figuras feministas de la humanidad. Estas figuras no pueden ser Hombre o Mujer. Pues, como bien lo ha expresado Donna Haraway: “La humanidad feminista debe, de algún modo, resistir tanto a la representación como a la figuración literal y aún irrumpir con nuevos y

11 Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, p. 240

12 Julieta Kirkwood, “Sexo-género”, *Feminarios*, Santiago, Documentas, 1987, p. 25.

13 Rosi Braidotti, “Cyber-teratologies”, *Metamorphoses: Towards a Materialist Theory of Becoming*, Cambridge, Polity Press, 2002, pp. 172-211.

14 Julieta Kirkwood, “Hay que tener niñas bonitas”, *Tejiendo rebeldías*, Santiago, La Morada/Cem, 1987, p. 121. He editado la cita.

poderosos tropos, nuevas figuras de habla, nuevos giros de posibilidad histórica”¹⁵.

Feminismos del cuerpo que se dan cita en *El Segundo sexo*. Reflexión radical que ensaya un desdibujamiento de las fronteras y trabajos que la propia naturaleza parecía asignar a los sexos. Escritura que expone un descreimiento del orden natural en sentencias como: “las mujeres tienen enfermedades en el vientre, y es verdad que encierran dentro de sí un elemento hostil: la especie las roe”¹⁶. O que busca tomar distancia igualmente de todo aquello que la educación de las mujeres juzga, precisamente, como lo más propio de ellas: la maternidad. “La gestación —escribe Simone de Beauvoir— es un trabajo fatigoso que no ofrece a la mujer ningún beneficio individual y le exige, por el contrario, pesados sacrificios”¹⁷. Y más allá, todavía, *segundo sexo* que descrea de la propia política de las mujeres: el feminismo. En este sentido De Beauvoir nos dirá que “la polémica del feminismo ha hecho correr mucha tinta, y en la actualidad está más o menos terminada. No la reabramos”¹⁸. Pero, más importante, un *segundo sexo* que descrea de la mujer. No olvidemos la cáustica pregunta con que se inicia *El Segundo sexo*: ¿Acaso hay mujeres? (*Y a-t-il même des femmes?*)¹⁹. Interrogación afín a aquel otro sintagma que nos enseña que “no se nace mujer, llega una a serlo”. El cuerpo de la mujer no se hace en el reconocimiento de la corporalidad dada, ni en la confianza de la regularidad de ciclos y procesos biológicos. “Si la biología determina el papel del hombre y la mujer, ¿mediante qué procesos lo hace y cuál es, entonces, la función de la cultura?” se preguntará Julieta Kirkwood, en la misma línea argumental abierta por De Beauvoir²⁰.

De algún modo, estos feminismos de *El segundo sexo* proponen una radicalización del propio discurso feminista a partir de una aporética del sobrepasamiento del cuerpo de la mujer. Un cuerpo es un fin que busca ser trascendido, un dato hecho para ser superado. El cuerpo no encuentra lugar sobre la tierra sino transformándose para —y por— los otros. “No soy instrumento para unos, sino transformándome en obstáculos para otros. Es imposible servir a todos”²¹.

Y sin embargo, y a pesar de los intentos, aún persiste la pregunta: ¿cómo puede la mujer ser su cuerpo, su propio cuerpo? Desde distintas perspectivas, los feminismos del segundo sexo de Julieta Kirkwood, Judith Butler, Monique Wittig y Donna Haraway intentan dar respuesta a la aporía impuesta en el sintagma *la mujer no nace, llega a serlo* de Simone de Beauvoir.

15 Donna Haraway, “Ecce Homo, Ain’t (Ar’n’t) I a Woman, and Inappropriate/d Others: The Human in a Post-Humanist Landscape”, Judith Butler y Joan W. Scott (eds.), *Feminist Theorize the Political*, London, Routledge, 1992, p. 86.

16 Simone de Beauvoir, “Les données de la biologie”, *Le deuxième sexe I*, op. cit., p. 67.

17 Ibid., p. 67.

18 Simone de Beauvoir, “Introduction”, *Le deuxième sexe I*, op. cit., p. 11.

19 Ibid., p. 11.

20 Julieta Kirkwood, “Sexo-género”, *Feminarios*, op. cit., p. 21.

21 Simone de Beauvoir, “La humanité”, *Pyrrhus et cinéas*, Paris, Gallimard, 1944, p. 50.